

Historia Y MEMORIA



ISSN: 2027-5137

No. 1 Año 2010

Conversatorio con Santiago Castro Gómez

Santiago Castro
Páginas: 181-192



TRANSDISCIPLINARIEDAD, LATINOAMERICANISMO Y COLONIALIDAD. COLOQUIO CON EL PROFESOR SANTIAGO CASTRO-GÓMEZ¹

Dr. Jorge Tomás Uribe: Yo quiero hacer una pregunta sobre la universidad. Ahora está de moda hablar de la “transdisciplinariedad” y de la elasticidad en las estructuras universitarias. Pero me parece que la universidad, con ese conocimiento fragmentado, tiene el riesgo de atomizarse. Yo quisiera que me completara un poquito más esa concepción.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Me parece que la crítica que se ha venido haciendo en los últimos años a la excesiva disciplinarización de las ciencias sociales y humanas no es un tema “de moda” y mucho menos apunta hacia la atomización del conocimiento. Se trata, mas bien, de la necesidad urgente de generar unos puentes de ida y vuelta entre las disciplinas. Puentes que no sean simplemente lugares de tránsito sino lugares de habitación. Esa, creo, es la diferencia entre una visión interdisciplinaria y una visión transdisciplinaria; lo inter apunta hacia la creación de puentes para transitar, lo trans, en cambio, apunta hacia la creación de puentes para vivir. Quiero decir con ello que las ciencias humanas necesitan establecer

¹ Conversatorio realizado con el Dr. Santiago Castro Gómez, docente de la Universidad Javeriana y los docentes del Doctorado en Historia, en el seminario permanente que se realiza en el Doctorado en Historia los días miércoles de 10:00 a.m. - 12:00 m. Tunja - Uptc, Doctorado en Historia; Septiembre 01 de 2010.

articulaciones complejas entre diferentes ámbitos de experiencia y de conocimiento. Y los científicos sociales y humanos debemos acostumbrarnos a vivir en ese mundo de las articulaciones cambiantes y ya no en la seguridad ontológica que brindan los rígidos cánones disciplinarios, casi todos provenientes del siglo XIX. Desde luego esto no es fácil. Todos nosotros hemos sido formados en las disciplinas y hemos creado una “identidad” personal en torno a ellas. Nos identificamos a nosotros mismos como sociólogos, antropólogos, filósofos, etc. Pero creo que la universidad contemporánea está demandando una apertura de esos cánones, como ya lo mostró en su momento el documento de la Comisión Gulbenkian titulado precisamente “Abrir las ciencias sociales”.

Ahora bien, no estoy diciendo con ello que la universidad colombiana debiera olvidarse de las disciplinas y apuntar únicamente hacia la creación de programas inter o transdisciplinarios. Lo que digo es que necesitamos estructuras universitarias que sean capaces de albergar lo disciplinario, lo interdisciplinario y lo transdisciplinario *de forma simultánea*. Mi idea es que la formación en pregrado debería ser disciplinaria, pues necesitamos gente muy bien formada en cada una de las disciplinas. Nadie puede hacer investigación inter o transdisciplinaria si carece de una buena formación disciplinar. Pero los posgrados (maestrías y doctorados), en cambio, deben poder combinar programas interdisciplinarios y transdisciplinarios. La universidad que yo imagino (y a la que alguna vez denominé “universidad rizomática”) no es una que carece de estructuras, sino una en la que *coexisten* la disciplinarietà, la interdisciplinarietà y la transdisciplinarietà. No se trata entonces de “disolver” las estructuras universitarias sino de complejizarlas, de tal manera que diferentes elementos, a veces antitéticos, puedan coexistir.

Dr. Javier Guerrero: La universidad del tercer mundo tiene serios problemas de articulación y coherencia, además de cobertura. Es cierto que hay un divorcio entre las famosas competencias y la formación para el saber o formación para el

saber hacer. Nos metimos en el lío de que prácticamente todos los saberes van a tener que aprender a hacerse estilo SENA: educación para el trabajo. De lo contrario no van a subsistir. ¿Cuál cree usted que es la perspectiva de una formación para el saber, que era lo que atendía la universidad primitiva del siglo XII, amor por el saber vocacional, en vista de esta exigencia mundial de una formación conforme a las demandas del mercado? ¿Es algo que está condenado a desaparecer?

Dr. Santiago Castro-Gómez: El verdadero problema que vive la universidad contemporánea es que en una economía basada en el conocimiento, el mercado necesita de la investigación de punta y, por lo tanto, los centros productores de conocimiento, en particular las universidades, se han convertido en objetivos privilegiados para la acumulación de capital. Las universidades abandonan lentamente su vieja vocación humanística para convertirse en centros productores de conocimiento para el mercado. Podríamos decir que la universidad es una especie de contratista que tiene que darle a la sociedad lo que el mercado pide. Y si el mercado no lo pide, pues entonces no lo genera. Esa es la “tragedia” de las humanidades en el mundo contemporáneo. Pero pienso que no todo está perdido. La inter y la transdisciplinarietà pueden funcionar precisamente como instancias críticas y reflexivas que se pregunten por el lugar del conocimiento (y de la universidad) en el mundo social contemporáneo. Y “crítica” – no lo olvidemos – significa preguntarse por las “condiciones de posibilidad” y no de “reaccionar” frente a algo ya dado de antemano (pre-crítico). Por eso, la inter y la transdisciplinarietà, en tanto instancias críticas, no “reaccionan” ante lo que pide el mercado sino que colocan “entre paréntesis” al mercado interrogar la legitimidad (ético-política) de sus pretensiones.

Dr. Jorge Tomás Uribe: La Universidad es, dijéramos, el fundamento del conocimiento. La Universidad ha creado el conocimiento científico. Entonces yo pienso que al integrarse a otro estilo de conocimiento, la universidad encontraría serios obstáculos para su desarrollo. Y me parece esto muy peligroso,

en caso de que esto se diera en las universidades de estos países. Ello significaría que la ciencia la dejamos quietica porque eso corresponde a los países centrales y nosotros en cambio vamos a dedicarnos a la tecnología. Me preocupa porque entonces la función de la universidad se va como perdiendo.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Bueno, esa “división internacional del trabajo” que tú mencionas (la producción de ciencia corresponde a los países desarrollados mientras que la producción de tecnología a los subdesarrollados) nunca la conocí. ¿Cuándo ocurrió eso? No estaba enterado. Pero en fin, el problema en todo caso no es ése. La integración *plena* del conocimiento al mercado, como pilar fundamental del capitalismo contemporáneo, no puede ser vista como una “estrategia malvada” de los países del primer mundo en contra de los países del tercer mundo. Tal visión dualista y maniquea estorba la comprensión del problema. Si miras con atención lo que está pasando actualmente con las reformas de Bologna te darás cuenta de que el golpe es muy duro también para las universidades europeas, sobre todo para aquellas que tenían una fuerte tradición humanística. Pues el problema es la pérdida de autonomía de la universidad con respecto al mercado. Ese es el foco nodal de discusión. Cuando es el mercado el que le dice a la universidad cuál es el conocimiento “pertinente” para la sociedad y cuál no lo es, entonces la universidad ha devenido una empresa capitalista más y la sociedad civil ha devenido una comunidad pasiva de consumidores de servicios. Y es a *eso* a lo que se resisten muchos profesores, activistas y estudiantes en Europa. No es un asunto del primer mundo contra el tercero. Es un asunto del mercado mundial contra la sociedad civil mundial.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Una última pregunta con respecto a la universidad. Cuando tú estableces un léxico sobre la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, yo entiendo que hay un problema en la propia formación disciplinaria. A mí me parece que el propio mercado, de una manera muy particular, está exigiendo cuestiones que las disciplinas no están listas para abordar. El mercado exige para las humanidades cuestiones como por ejemplo ocuparse del “patrimonio cultural” pero no

existe una disciplina que realmente se ocupe de este tema. Yo creo que si una cosa pudiéramos hacer no para el mercado, sino de aprovechar los propios recursos que nos da el mercado, sería precisamente ver cuáles son los resquicios o fracturas que nos permiten introducirnos por ahí para generar una posibilidad de formación transdisciplinar.

Dr. Javier Guerrero: Yo tendría una pequeña reflexión a lo que dijiste. Me da la sensación de que los posgrados se han convertido básicamente en un curso remedial por la pésima formación del pregrado y lo que estamos haciendo es compensar lo que no se aprendió en el pregrado. Hoy tendríamos que pensar en estrategias para fortalecer los pregrados y entablar esos puentes que tú planteas. Es muy difícil que los posgrados cobren el sentido y la autonomía que requerirían para poder crear diálogo interdisciplinario, si no se hace ese fortalecimiento desde el pregrado.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Yo propongo un segundo bloque temático que girará en torno a los estudios culturales y su relación con las cuestiones poscoloniales, el colonialismo y la colonialidad.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Vale. Lo primero sería reflexionar sobre la pregunta ¿qué son los estudios culturales?, porque me parece que es a pregunta arrastra todavía el lastre de la formación disciplinaria. Los estudios culturales no “son” un campo que pueda definirse del mismo modo que se define qué es la sociología, la antropología, etc. Yo diría que los estudios culturales son un “significante vacío” que puede llenarse de distintos modos y orientarse en distintas direcciones, conforme sea lo que se quiera “hacer” con esta práctica discursiva. No son los mismos los “estudios culturales” que se hacen en la Universidad Javeriana de Bogotá y los “estudios culturales” que se hacen en la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito, para colocar tan sólo un ejemplo. Todo depende de cuáles son las dinámicas de investigación que están en juego, qué personas están participando, cuáles son sus objetivos, etc. Estos factores

son algo previo a la práctica de los estudios culturales. Por eso yo me cuidaría mucho de aplicarle a estos campos emergentes como los estudios culturales, poscoloniales, ambientales, de género, etc. la misma lógica “identitaria” de las disciplinas; esto es, preguntar por sus fundadores, por su canon, por aquello que les hace distintos de otros campos. Habría que tomar muy en serio que se trata de campos emergentes transdisciplinarios, en el sentido de que generan articulaciones complejas entre distintos problemas. Y las articulaciones, por definición, no son fijas sino móviles. Entonces lo primero sería no comenzar definiendo “qué son” los estudios culturales o poscoloniales o decoloniales, sino mas bien preguntar “qué hacen” en cada caso específico.

Dr. Jorge Tomás Uribe: Yo tengo una preguntita muy sencilla. Estamos hablando, por decirlo así, de cómo en la práctica una universidad como la Javeriana puede expedir títulos en campos tan indefinidos como los estudios culturales y el Doctorado en Ciencias Sociales.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Déjeme decirle que la inter y la transdisciplinariedad no son un capricho mío, ni de unos cuantos profesores posmodernos y poco serios, sino que es una política de la Javeriana. El doctorado en ciencias sociales es una apuesta muy grande de la universidad, es un experimento que no sabemos todavía cómo va a salir, pues la transdisciplinariedad no es algo que se aprende en un manual. No podemos acudir a libros expertos que nos indiquen cómo ser transdisciplinarios. Es algo que tenemos que aprender haciéndolo. Es un camino arduo, que exige la movilización de una gran cantidad de recursos institucionales. Los jesuitas no son tontos, créame. Si han optado por andar este camino y apostarle a campos intermedios como la maestría en estudios culturales, el doctorado en estudios ambientales y el de ciencias sociales, es porque se dan cuenta que estos campos son necesarios para revitalizar la vida académica de la universidad y para dar cuenta de los complejos problemas sociales que vivimos. No es sólo una cuestión económica ni de oportunismo.

Dr. Luís Wiesner: Bueno yo no sé mucho de filosofía pero me llama la atención que pueda haber un conjunto de cosas que se llaman estudios culturales vacíos. Pero me parece que si es así, entonces tiene que haber un punto en común al menos silenciado, un lenguaje, una nueva episteme o algo así. Entiendo que se le han hecho algunas críticas a estos enfoques llamados estudios culturales, pero en sí debe haber como un conjunto de posturas de los promotores o de los autores. Por otro lado, una pregunta sobre el tema de la universidad y la transdisciplinariedad. Lo que usted dice, ¿no conllevaría entonces a acabar con las profesiones para poder implementar un conocimiento transdisciplinario en la universidad? ¿Qué tipo de profesiones podrían surgir, digamos, para atender a problemas prácticos de la sociedad misma? ¿Qué tipo de profesión se puede generar en un marco transdisciplinario?

Dr. Santiago Castro-Gómez: Bueno, yo no dije que toda la universidad debe volverse transdisciplinaria, sino que hablé de una coexistencia. La idea no es que desaparezcan las disciplinas de la universidad, eso sería ridículo, sino que coexistan las prácticas disciplinarias, las inter y las transdisciplinarias, con el fin de poder responder a diferentes tipos de urgencias sociales. Desde luego, la sociedad necesita puentes y para eso la universidad debe formar ingenieros. Necesita atención de salud básica y por eso la universidad debe formar médicos. Pero los problemas sociales no se reducen al cubrimiento de necesidades como éstas. Cada vez son problemas más complejos, que exigen *también* la presencia de profesionales formados en ámbitos que ya no se reducen a lo puramente disciplinario. Un problema como el de la eutanasia no es algo que se pueda resolver tan solo desde el saber médico, ¿me comprende? Hay elementos allí que no se reducen a su aspecto puramente “técnico” y que demandan otro tipo de experticia.

Dra. Olga Yaneth Acuña: Pero siempre está el peligro de que la inter y la transdisciplinariedad se disfracen de seriedad académica, cuando, como señala Roberto Follari, pueden ser prácticas que no tienen ninguna profundidad, que no tienen ningún fundamento epistémico.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Creo que si fueran los “epistemólogos” quienes tuvieran que tomar las decisiones en la universidad, jamás llegaríamos a ningún lado. No se aprende a nadar o a montar en bicicleta preguntándose antes por el “fundamento epistémico” ¡de tales prácticas, sino que se aprende simplemente haciéndolas! Ya les comenté cuál ha sido la experiencia de la Javeriana con el doctorado en ciencias sociales. Es la vida misma la que nos convoca a la acción, y no sólo las ideas. Los que se preguntan a toda hora por el “fundamento” son los mismos que impiden que las cosas cambien, los que se sienten amenazados por los cambios. ¿Que la transdisciplinariedad es un peligro? ¡Desde luego! Por eso es algo vital e interesante.

Dr. Antonio de Pedro Robles: ¿Qué aportan todos esos planteamientos de los estudios coloniales que se están desarrollando o se vienen desarrollando en América Latina? ¿Qué es lo que aportan? ¿Cuál es la propuesta para tratar de no hablar de posmodernidad sino de poscolonialidad?

Dr. Santiago Castro-Gómez: Yo diría que los estudios poscoloniales o decoloniales en esta parte del mundo no se presentan como una alternativa a la posmodernidad sino al “Latinoamericanismo”. Quiero decir que son estudios que rompen tajantemente con una arraigada tradición de pensamiento que postula a América Latina como lo “otro” de la modernidad, como la otra cara del occidente colonial, etc. Por el contrario, lo que los estudios decoloniales postulan es que al latinoamericanismo – de manera similar al orientalismo del que hablaba Edward Said – funciona como un *discurso colonial*. La idea de una “identidad latinoamericana”, esto es, la postulación de una alteridad con respecto a una Europa supuestamente monolítica, es una de las marcas del discurso colonial. Por el contrario, los estudios decoloniales parten siempre de situaciones concretas, del modo en que las herencias coloniales operan en contextos específicos. Nunca hablan de “Latinoamérica” ni de “lo latinoamericano” como tal.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Eso parecería chocar, Santiago, con los planteamientos de un grupo de emigrantes latinoamericanos en Estados Unidos y en Europa cuyo sentido de la identidad está afianzado en un corpus significativo del llamado “pensamiento latinoamericano”. Yo estoy bastante de acuerdo con tu idea, pero la realidad pareciera que choca con las prácticas de mucha gente. Si uno piensa en México, son muchos los latinoamericanistas y con una enorme influencia económica e intelectual.

Dr. Santiago Castro-Gómez: El lugar de enunciación es muy distinto. En Estados Unidos no se identifican como “latinoamericanos” sino como “hispanos”, que es una forma de identificación desconocida por completo acá. Pero en realidad yo estoy hablando del “latinoamericanismo” como *formación discursiva*, en cuya producción han sido claves los humanistas y “letrados” criollos. Y es evidente que el discurso latinoamericanista funcionó como una técnica de interpelación o de construcción de identidades políticas en sectores no pertenecientes al exclusivo grupo de los criollos. Pero he ahí precisamente el problema. La crítica decolonial levanta la sospecha de que el latinoamericanismo forma parte integral del proyecto hegemónico del criollato, proyecto que empieza a configurarse en el siglo XVII.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Yo puedo decir que en España, si preguntan con historias de identidad a los migrantes, la palabra “latinoamericano” sale con frecuencia.

Dr. Javier Guerrero: En Estados Unidos, yo he estado en reuniones latinoamericanas en París impresionantes...

Dr. Luís Wiesner: No creo que todo lo que ha aportado la búsqueda de una latinoamericanidad se pueda decir que es parte de un proyecto criollo que ya está agotado.

Dr. Santiago Castro-Gómez: Miren. Si decir que un indígena aymara es “boliviano” sólo porque nació en Bolivia

es problemático, imagínense afirmar que ese mismo indígena es “latinoamericano” y que comparte una identidad con los criollos blancos de Lima, con los afrodescendientes del Pacífico colombiano, con los campesinos en zonas selváticas de Venezuela... Se trata, francamente, de una afirmación descabellada. No encontrarán ustedes a ningún movimiento indígena del presente que se reivindique como “latinoamericano”. En Ecuador, para poner un ejemplo cercano, el movimiento indígena no habla de una “identidad ecuatoriana” (y mucho menos latinoamericana) sino de una multiplicidad de “naciones”. A mí me parece que el latinoamericanismo, como mecanismo de construcción de identidades políticas, funcionó en el pasado como acompañante permanente de nacionalismos y populismos de carácter excluyente, y hoy día está en la agenda comercial de los Estados que buscan la integración comercial en un solo bloque con el fin de competir mejor en el mercado. Pero los grupos subalternos no articulan sus luchas políticas identificándose como “latinoamericanos”. El Latinoamericanismo fue, desde siempre, un discurso criollo, un discurso colonial.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Yo creo que esa crítica al latinoamericanismo funciona muy bien desde adentro, desde el contexto americano, porque al desplazado por la migración a otros mundos el latinoamericanismo le ofrece un sentido de identidad que a nosotros aquí nos podría parecer chocante, pero que es una realidad que está ahí. Podría decirse desde aquí que un migrante actúa muy colonialmente, pero hay que tener en cuenta que su enfrentamiento no surge de la periferia de la colonia, sino de la periferia del centro. Actuando en la casa del colonizador, ahí necesitas otros productos de acción. Creo entonces que los estudios decoloniales no tienen muy en cuenta esta situación.

Dr. Javier Guerrero: ¿Qué pensarías tú de un instituto de estudios latinoamericanos desde esta perspectiva decolonial? América Latina necesita un estudio que fundamente su realidad desde las ciencias sociales. Nosotros en la universidad veníamos trabajando en un instituto de estudios latinoamericanos; pero la

forma de enunciarlo es un problema. Lo cual no quiere decir que la identidad latinoamericana desaparezca, simplemente por la crítica que se le ha hecho al concepto de latinoamericano desde la academia. Por ejemplo, Manuel Castel hace una propuesta de una manera común latinoamericana y de un mercado común latinoamericano. En relación con ello UNASUR de alguna forma es una respuesta a eso. Entonces, cómo plantearías tú, cómo reaccionarías frente a un instituto latinoamericano de ciencias sociales.

Dr. Santiago Castro-Gómez: La verdad yo no insistiría mucho en un proyecto como el que mencionas porque el discurso latinoamericanista ha agotado ya su potencial emancipatorio y forma parte ya de las agendas de los Estados, en tanto que estrategia para posicionarse mejor en el mundo del capitalismo global. Forma parte, por tanto, de una geopolítica del conocimiento, de manera análoga al modo en que los “estudios latinoamericanos” nacieron en los Estados Unidos como parte de los “estudios de área” durante los años cincuenta. Preferiría hablar, mejor, de un “instituto de estudios boyacenses” o algo así, pensando concretamente en la Universidad Pedagógica de Tunja. La urgencia, me parece, es pensar lo local para actuar en lo global...

Dr. Antonio de Pedro Robles: Yo quiero tomar este asunto de pensar en lo local para actuar en lo global. ¿Cómo se puede hacer eso? A mí me llama mucho la atención esta cuestión; cómo se puede hacer eso sin caer en un atomismo y en un excesivo regionalismo que impida el proceso de incidir lo local en lo global, y que lo global no sea un conjunto de locales, sino al contrario, sea un proceso transcultural e intercultural.

Dr. Javier Guerrero: ¿Cómo ser un buen local sin renunciar a lo global?

Dr. Santiago Castro-Gómez: Mi posición es que lo local ya está, de entrada, permeado por lo global. Los flujos globales pueden verse operando en Boyacá. Por eso no se trataría de un

instituto “regionalista” sino de uno que pueda ver el modo en que las historias globales interactúan con los diseños globales. Verlo así implica necesariamente alejarnos de la cuestión de las identidades regionales. No podremos entender la interacción local / global si seguimos pensando en términos identitarios. Ni latinoamericanismo, ni regionalismos provincianos.

Dr. Antonio de Pedro Robles: Yo tengo una pregunta para finalizar: ¿tú estás de acuerdo con la idea de que el Latinoamericanismo del siglo XX es la otra cara del Orientalismo?

Dr. Santiago Castro-Gómez: Sí, exactamente fue ése mi argumento en un libro que escribí en 1996 y que titulé, un poco pomposamente, *Crítica de la razón latinoamericana*. Si uno realiza una genealogía del Latinoamericanismo se dará cuenta de que es un discurso que funciona exactamente como lo hizo el discurso orientalista del que habló Said.

Dr. Antonio de Pedro Robles: ¿Tú crees que el americanismo del siglo XIX se convirtió luego en el Latinoamericanismo del siglo XX?

Dr. Santiago Castro-Gómez: Exacto. Se trata de un discurso que plantea una alteridad radical entre Europa y América, que atribuye a ésta una superioridad ética y estética sobre aquella, que homogeniza tanto a una como a otra. En suma: se trata de un “discurso colonial”, tal como lo definió Said en su famoso libro *Orientalismo*.